



## XXII

Elena no quiso esperar á Margarita, y salió del templo luego que acabó la bendición.

—No espero á mi hermana. . . —decía la ceguezuela á sus amigas.—Ya estoy cansada; hace mucho calor aquí, y necesito descanso y aire fresco.

—Pues ya le tendrás,—contestóle Margarita, dándole el brazo.

Siguieronlas Lupe Castro y Clara Ferrer.

Todas con mil trabajos consiguieron salir. A la puerta de la iglesia se agolpaban las gentes. Pugnando por salir, y ansiosas de verse en la calle, se estorbaban el paso unas á las otras, procurando dejar libre el tránsito á las niñas, que llorosas las unas,

las menores, inquietas las otras, se aglomeraban en aquellas apreturas, desgarrando en la brega sus vestidos blancos y sus velos de tul.

—Vámonos, vámonos!—repetía nerviosamente Marta Pérez, como nunca histérica.—Viene un aguacero de los buenos. . . ¡El primero de mayo! No quiero rejuvenecerme. . . . Hay tempestad, lejana, sí, pero la hay. Estoy mirando en las vidrieras de la cúpula la luz de los relámpagos. . . . ¿No has oído los truenos? Oye. . . . ¿Oíste? ¡Y no hemos traído paraguas. . . .

Y las cuatro muchachas pugnaban por salir

Allí se encontraron con la Conchita Mijares.

—¿No decías que no podías venir?—dijóle Lupe Castro.

—Caí en la tentación.—respondióle la baquillera.—Las Sánchez vinieron y me ví obligada á venir. Figúrate tú que son ya las seis y media, y que á las ocho se ha de levantar el telón. Y á mí me toca principiar. No sé cómo hacer para estar lista á esa hora. Tengo que peinarme, y que mandar las cosas, el vestido de baile, y. . . . todo!

Esto lo decía en voz alta, con horrorosa precipitación, olvidándose del sitio en que estaba, y causando escándalo en las devotas que la oían.

—¡Por Dios, Concha! ¡Calla! Reflexiona que estás en la iglesia.

—¡Tienes razón!

Calló Conchita, y todas, como pudieron, venciendo obstáculos y sufriendo empujones, fueron saliendo. . . .

Llovía. Gruesas gotas caían en el atrio. Allí, en la acera inmediata y en las fronteras esperaban mozos y criadas con abrigos y paraguas.

Nubes de tormenta cubrían el cielo, y allá por el sud y por el sudeste, por sobre las montañas de Villaverde, la tempestad lanzaba sus rayos, y rodaba sus trenes de guerra con el estruendo de poderoso ejército. Cárdenas luces persistían en el horizonte, dejando ver, á cada fulguración, remotos términos y vagas lontananzas que iluminaban con reflejos sulfúreos redes y redes de hilos de fuego. El calor era sofocante. Ni un soplo de frescura que modificara á su paso el ardor del crepúsculo. Dejaron de caer los goterones. La campana de la Parroquia dió la oración, y á su voz majestuosa y solemne contestaron piadosos los cien bronces de los campanarios de Pluviosilla.

La multitud, no bien ganaba el atrio se dispersaba apresurada; floraban las chiquillas llevadas á remolque; regañaban las mamás; reprendían entre enojadas y sonrientes las señoritas á sus hermanas menores, y los lechuguinos y los galanes de Pluviosilla, flor y nata de la andante pollería

de la tierra, gozaban del espectáculo aquel, todo sombras, gritos, exclamaciones y llo-riqueos.

Los buenos mozos se preparaban á arros-trar la lluvia, el terrible chubasco, que ve-nía que volaba, y muy armados de para-guas, recogidos á la inglesa los pantalones sobre los charolados borceguíes, y estacio-nados frente á la iglesia, contra los muros de la casa frontera, atisbaban á las novias ó á las chicas que los tenían feridos de pun-ta de amor ó llagados de las telas del cora-zón.

La tormenta se acercaba. Un rayo con-movió el templo, como si hubiera caído en la cúpula y se hubiera enroscado en la cruz, y al pasar el claror del relámpago la obscu-ridad se hizo más densa. El servicio del alumbrado público estaba de malas. . . . Alguna dinamo descompuesta, algún "da-ño" en los circuitos. . . .

Entonces salió Margarita. No había sa-lido antes porque tenía horror á las apretu-ras, y tranquila había esperado que saliera la gente.

—¿Que va á llover? ; Pues que llueva!—dijose, y con toda calma se dirigió al altar mayor y se arrodilló en un reclinitorio.

Allí pidió perdón para sus tibiezas, y pa-ra aquella aridez de su espíritu tan inespe-rada y repentina. Pero no tuvo verdadera devoción. Rezó la estación mayor y algu-

nas otras preces que su acostumbrada pie-dad le pedía, pero su alma no estaba toda en el templo, ni la oración salía de sus la-bios vibrante, alada, luminosa, infatiga-ble para subir al cielo. Maquinalmente se llevaba la mano al bolsillo de la falda, co-mo si le sobrecogiera la idea horrible de haber perdido aquella carta cuyo aroma em-briagador ya presentía, cuyos términos ad-ivinaba, cuyas frases afectuosas parecían murmurar amores entre los pliegues del suntuoso y rico papel de hilo.

Quedó el templo vacío. Los sacristanes habían apagado todas las bujías. Aun que-daba en los aires remoto aroma de estora-que y de incienso, y penetrante olor de cera quemada llenaba el ambiente, mezclado con la fragancia de las azucenas marchitas.

Parecióle que aun flotaba en las bóvedas algo de los cantos litúrgicos, algo como voces infantiles en la nave central, y ruidos de pasos, allá en el fondo, cerca de la en-trada.

Ardían serenas, en sus fanales rojos y col-gadas de sus pescantes, las perennes lámpa-ras del Sagrario, y su luz apacible se refle-jaba en el tabernáculo, en las columnas del altar, en los marcos de los cuadros, y en-cendían una que otra chispa de color en los prismas de los candelabros.

Margarita se santiguó de prisa, se levan-tó, tomó al pasar por la fuente agua bendi-ta, y salió.

Llovía. Ráfagas de viento tibio le azotaron el rostro. Recogióse la falda, y de puntillas, semiembozada en la mantilla, ganó á lo largo de la acera el camino de su casa, que, por fortuna, no estaba distante.

Allá por las montañas del sud, en lo más alto de la cordillera la tempestad incendiaba las cimas.



## XXIII

La joven llegó á su casa en momentos en que la lluvia,—el primer aguacero de mayo, que dizque alegre y rejuvenece—se desataba torrencial.

Allí estaban sus amigas. Saludólas al paso, diciéndoles:

—Ya vengo.... He llegado empapada.... Si tardo un poco más, me luzco!

Y volviéndose agregó en tono risueño y afable:

—Marta: estarás satisfecha.... La fiesta ha resultado magnífica. ¡Divina! ¡Divina! ¡Divina!.... Como dice Concha Mijares.... á quien esta noche aplaudirán á rabiar en los brillantes salones de Arturito Sánchez....

Mientras sus amigas reían, Margot se

perdió en las habitaciones interiores, entró en su alcoba, cerró las puertas, quitóse la mantilla, mudóse vestido, pensó mudarse calzado, pero no lo creyó necesario, y luego, inquieta, recelosa, como si temiera ser sorprendida, se acercó á la mesa de noche, y á la luz de una lámpara, cuyo fulgor opalino se difundía gratamente en la estancia, leyó el sobrescrito de la carta de Alfonso, miró atentamente el gallardo monograma de la nema, y rompió el sobre, y cuidadosamente desdobló la carta, y leyó.

Decía así:

“Mi buena Margot:

Aquí me tienes en este Méjico de ustedes, muriéndome de fastidio, y cansado de recorrer todos los días las mismas calles, siempre desde Plateros hasta San Francisco, y por las tardes dando vueltas en la Calzada de la Reforma (donde hay unas estatuas abominables y unos indios feroces), y echando de menos aquellos campos de tu Pluviosilla, y aquella tu conversación viva y llena de “esprit,” y tan dulce y encantadora como las miradas de tus ojos azules, ojos de zafiro, como dijo Byron. Juan sube y baja. Dice que está desesperado y muerto de fastidio, pero ello es que apenas si le vemos en casa. Ya tiene muchos amigos, y con ellos se pasa el día. Envidio ese carácter suyo tan sociable. Así, ni más ni

menos, era en París. Es por eso que yo no congenio (¿así se dice?) con él. Somos de carácter enteramente opuesto. Creo que pronto estará contento, aunque difícilmente se olvidará de su París. Aquí se ha encontrado amigos que trató allá, y con ellos anda de comidas y teatros.

“Yo me aburro, puedes creerlo, prima mía. ¡Cuánto mejor estaría yo allá, en tu “pueblo,” como te decía yo para verte enojada y ver más azules tus ojos, paseando contigo, viendo aquellos campos, contemplando aquellos bosques y aquellas cascadas que visité contigo, y escuchando tu voz consoladora que ha derramado en mi alma frescuras que nunca esperé, algo así como un perfume de violetas de Niza ó de lilas frescas. Mañana te mandaré el libro prometido; pero lo has de leer como si estuviéramos juntos. Es de mi poeta favorito. Si tú vieras! . . . En un paseo que hice á Bretaña fué mi único compañero. Le compré en Saint-Maló, en la tierra de Chateaubriand, una noche, al volver de visitar el sepulcro del grande hombre, en una librería que estaba frente por frente de la estatua del autor de Atala.

No te olvido, prima mía, primita mía! ¿Cuándo vienen? Si no vienes pronto, el mejor día te dirá un periódico que me eché de cabeza en uno de los canales de esta famosa Venecia americana. ¡Y qué canales!

“Dicen mamá y María que ya escribirán. Aun no están instaladas á su gusto. Papá dijo anoche que ya están arreglando en Tacubaya una casa para ustedes.

“Te quiere mucho tu primo, tu.... melancólico primo.

Alfonso.”

Margarita dobló la carta, la metió en la cubierta, abrió el ropero, y la guardó en él.



## XXIV

Guardó la carta, y risueña y jovial, con alegría de chicuela mimosa, volvió á la sala. Elena y sus amigas charlaban en el estrado:

El piano abierto sonreía, y dejaba ver, á la luz de dos bujías, cuyas flamas azotaba el viento, la irreprochable dentadura de su teclado, como la de una mujer admirada y bulliciosa.

Margarita acudió á una de las ventanas. Las dos estaban abiertas de par en par. El chubasco había pasado, y la tempestad detenida en las cumbres de Mata-Espesa, no se atrevía á invadir el valle. No languidecían los fuegos procelosos ni desmayaban los estruendos. Oíase fijo, aunque lejano, el rumor de sus cohortes batalladoras, y á

cada instante, con rapidísimas intermitencias, verdosa luz de irradiaciones cárdenas inundaba los espacios y resplandecía con luz siniestra en la desierta calle. Iluminábanse las cimas del Recental, descubriendo las gibas de su perfil ondulado, dibujadas sobre un fondo cerúleo, y sobre remotas lejanías é infinitas claridades lunares.

Al esplendor el relámpago palidecían los focos eléctricos, columpiados bruscamente por el aliento de la borrasca. La tierra reseca, apenas humedecida por el chaparrón, olía á búcaro, y el viento pasaba en impetuosas ráfagas, vencedor del ambiente caldeado por el día.

—¡Marta!—exclamó Margarita desde la reja.—El piano te espera.

—Esta tarde—contestó la joven—no estabas para música... Ahora quieres que toque... ¿Qué habrá en ese corazoncito?

—Toca, mujer!—suplicó Margot.

Y Marta corrió hacia el piano, ocupó el taburete, y preludió con dulzura un capricho alemán.

¡Qué torpe está el teclado!—Muy torpe para cosas de éstas. Y soltóse tocando un danzón veracruzano de rudo contoneo, caprichoso, apasionado, caliente como el aire de la Costa en noche primaveral.

Los truenos ahogaban la música. Un relámpago, otro, otro, y otro más, y el aguacero se desató terrible, torrencial, casi pavo-

roso. Resonaba en el techo; azotaba los arbolillos y las trepadoras del patio, y producía ruido de pedrisco en las canaleras de los aleros.

Margarita contemplaba embebecida las soledades de la calle y los efectos de la luz en la lluvia. El arroyo crecía por momentos, y la corriente pasaba con rumores de riachuelo. El sereno de la calle, muy encapuchonado y diligente, oculta su linterna entre los pliegues del raído y viejo capote, vino á buscar abrigo en el zaguán. Marta seguía tocando. El viento azotaba las flamas de las bujías.

—¡No es posible!—murmuró la pianista.—Ni me oyen ni se oye.

Y se retiró del piano y volvió al sofá.

Margot seguía en la reja, embelesada ante el aguacero, que bañaba con polvo finísimo de agua tibia la frente de la joven.

La tempestad iba en dispersión, rumbo al Sud. Ardían en llamaradas los picos de la Sierra, y en los cerros de Xochiapán, á cada fulgor de la tormenta, el rayo trazaba caprichosos ramajes.

—Así deben ser—pensaba Margot—las tormentas del alma. ¡Cómo lucharán en ella fuegos de borrasca y tinieblas del abismo! Pero después qué aurora tan arrebatada y plácida; qué alborear tan apacible; qué frescura la de los campos; qué día tan hermoso!

De este modo poetizaba ensoñadora la gallarda doncella, conversando á solas con su pensamiento, y empeñada en no querer oír lo que ansiosamente le gritaba su corazón. No quería escucharle, pero le oía, le oía, á cada instante más desmayada para poder resistir á lo que tan ingenuamente le decía.—“Estás enamorada de Alfonso; sí que lo estás. Y tienes razón, sí que la tienes; mucha razón! Es guapo, es joven, y muy simpático y muy talentoso. Confiesa, dueño mío, que esa cartita que trasciende á piel de Rusia y en la cual tú finísimo y delicado olfato de mujer descubre fragancias viriles, te ha dejado muy contenta, muy satisfecha y muy alegre.” Margarita se hacía la sorda, y, para engañarse á sí misma, se entretenía en contar los relámpagos que centelleaban en las cumbres de la Sierra.

El corazoncito aquel, caprichoso, indiscreto, tenaz, insistía y porfiaba.

—“No me engañarás; no me engañarás esa tu imaginación locuela, que tanto quehacer te ha dado esta tarde, que no te dejó rezar, y que robó á tu piedad la devoción que le exigías. Oyeme: quieres á Alfonso. Antes decías, (yo te lo oí decir muchas veces, acuérdate de ello:) que no volverías á amar; que el amor no renacería en mí; que serías fiel á la memoria de aquel muchacho que nunca te dijo media palabra de amor, pero que tú lo sabías por boca de ciertas

amigas tuyas, te amaba y vivía para tí. Sí, eras todo para él. ¿No haces memoria de eso? Pues, óyeme: ¿digo su nombre? Se llamaba. . . ¡Vaya! ¡Pues no lo diré! ¡Y creías engañarme! ¿A mí? ¿A mí? ¿A mí que lo sé todo? Eres una chiquilla. . . Aquello fué amor; sí, amor; pasioncilla incipiente, tentadora; vamos: un sueño azul! Pero.. ¡nada más! Se fué, se fué á estudiar. . . Y le has esperado en vano; y te cansaste de esperarle; y no volvió, y no volverá. Bien sabes que no volverá, y, además, no ignoras que es indigno de tí. La vida escolar, en la cual entró inexperto y sin guía, le impulsó por senderos extraviados y oscuros, y ha ido rodando de abismo en abismo y de precipicio en precipicio. . . ¡Para qué repetirte lo que ya sabes! La embriaguez le ha perdido. Algo darías por salvarle de las garras de esa harpía. ¡Oh! Darías todo, todo, hasta ese afecto que has encendido en mí, y en el cual no quieres pensar, pero que va ardiendo á maravilla, como que el combustible está bien seco, ¡le has tenido reservado tanto tiempo! y arde muy bien, muy bien! Algo darías por regenerar al otro, pobre víctima de esta triste vida de provincia sin anhelos generosos ni nobles ideales, perdido en el estruendo de una gran ciudad, en los años peligrosos en que el corazón principia á abrirse á la vida! Mucho harías por salvarle; pero eso es impo-



sible!... Ahora quieres ser para Alfonso, para tu Alfonso!... No te enojés por que le llamó así.... ¡Así le nombras allá en un rinconcito de tu cerebro! ¿No es cierto? Quieres ser para Alfonso lo que hubieras sido para el otro.... su amiga, su confidente, su hermana.... Y algo más, algo más! ¡Vaya! ¡Ya me estás escuchando! ¡Ya no cuentas los relámpagos! Pienzas que Alfonso es una alma entristecida, inmolada en los altares de la riqueza; un espíritu entenebrecido en los brillantes y magníficos salones de París; traído y llevado por los asfaltos de la gran ciudad; de ese París, de quien alguno ha dicho que es la "Universidad de los Siete Pecados Capitales," y te has dicho: "Yo alegraré esa alma; yo iluminaré ese espíritu con claridades de fe; yo le haré amar la vida sencilla y modesta, opulenta de horas serenas, rica en santas emociones, fecunda en inmortales esperanzas." ¡Noble deseo el tuyo! ¡Eres buena, dueño mío, eres buena!"

La lluvia había cesado; el cielo iba despejándose, y limpia la región del Poniente, la claridad lunar mostraba un piélagos azul, espléndido celaje.

De un salto volvió Margarita al salón, se dirigió al piano, se acomodó en el taburete, y la "Invitación al Vals" inundó el recinto con sus magistrales acordes.



## XXV

Acabada la cena se charló en la sala. Se habló mucho de las "fiestas dramáticas" de Arturito Sánchez, y de los talentos de Concha Mijares para los monólogos de suprema elegancia.

Ramón, que siempre estaba de buen humor, y que solía tener chispa cuando criticaba ciertas cosas, hizo alarde de su verba. Puso en caricatura á todo el grupo dramático, y refirió, punto por punto, con exactitud de cronista concienzudo, cómo eran aquellas fiestas y aquellos bailes, (que siempre en baile terminaba todo en aquel centro de sabidillas y de gente cursi,) y, acaso poniendo algo de su cosecha, divirtió por más de una hora á sus hermanas y á sus amigas.

Arturito era muy dado á la tragedia, y habia llegado hasta la audacia piramidal de poner en escena "El Gran Galeoto" y "La Esposa del Vengador." Si las obras del insigne dramático español no impusieron respeto en aquel grupo de aficionados, menos le impusieron la de nuestro Peón y Contreras, y "La Hija del Rey" y "Hacia el Cielo," salieron hechas añicos de manos de Arturo, que era el primer actor, y de Concha, que era la primera dama de aquella compañía "estudiosa y modesta." Concha deseaba vivamente, pero no se le habia logrado el deseo, "trabajar" alguna vez en el único teatro de la Ciudad, en el "Gran Teatro del Progreso." (el primero del Estado), en noche solemnisima, con cualquier motivo, en alguna fiesta patriótica ó en alguna función de beneficencia. Arturo no le iba en zaga á su amiga y compañera, y habia que verlos—decía Ramón, remedando á una y á otro—cuando representaban el "Drama Nuevo," en aquella soberbia escena de Shakespeare con Alicia y Edmundo. Hacía el Shakespeare un pobre muchacho, empleado de cierta imprenta, en quien lo innoble del aspecto corría parejas con lo áspero y herrumbroso de la voz; Alicia, esto es, Conchita Mijares, lucía su rostro agraciado y su cuerpo de lagartija; Arturo se habia vestido fatalmente, y á las trusas acuchilladas juntó no sé qué prendas

chambergas para dar al traje "mayor visibilidad." El célebre diálogo,—obra incomparable del arte escénico—resultó en labios de aquellos intérpretes vil sainete y desastrada loa. Y á todo esto agregaba Ramón largo trozó de la escena, recitado con la mayor seriedad, imitando ademanes y gesto de cada actor, y, dizque, siendo eco fidelísimo de la voz de los tres.

La plática era agradable, pero debia tener término, y se lo puso Marta.

—¡Es preciso irse!—exclamó.—Estos caballeros nos llevarán á casa, que salidas desde muy temprano no sabrán en ella dónde estamos.

—No teman el respice....—respondió doña Dolores.—Yo ví á tu mamá, Marta.... y á la tuya, Lupe... y á la tuya, Clara. Y les dije que Margot y los muchachos las llevarían... después de la cena. Iré yo también.

¡ Hermosa noche! El cielo parecía inmensa y límpida turquesa; viento fresco y húmedo corría por el valle, y nubes blanquísimas coronaban las cumbres del Sudeste. La luna creciente brillaba con dulce claridad, y calles y tejados se oreaban bañados en apacible luz de plata. Elena se quedó en casa. Cuando salieron, Pablo dió el brazo á su mamá; Ramón á Marta, y las tres señoritas, enlazadas por los brazos, con Margot en medio, iban delante.

Charlaban alegremente. El muchacho seguía refiriendo cosas de las fiestas de Sánchez, y doña Dolores conversaba gravemente con su hijo.

Marta dijo:

—Lolita: pasemos por allá... Como el teatro está en la sala podemos oír algo.

—Pero, criaturas...—respondió la dama—eso no me parece bien!...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!—dijeron á una las muchachas, y la señora tuvo que ceder.

—Si no vemos ni oímos nada, haremos ejercicio...

Arturo vivía en la parte norte de la ciudad, no lejos del Mercado, en una casa vetusta, cuya fachada había sido mejorada recientemente, pero cuyo interior, amplio frío y lúgubre, acusaba el destino primerero de la finca, allá en los años dichosos del estanco del tabaco y de las revoluciones diarias, en los viejos tiempos de Pluviosilla. La puerta estaba cerrada, y cerradas todas las ventanas. Al llegar el grupo resonó un aplauso. Sin duda que en aquellos momentos algún actor se presentaba en escena, porque cesó la salva, y reinó profundo silencio.

Un transeunte se detuvo á escuchar en una de las ventanas: no oyó nada, y prosiguió su camino.

Margarita dijo:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí se oye muy

bien!... Está en escena Concha... Oiga vd. mamá.

Todos se detuvieron á escuchar. La voz de la chica era agradable, simpática, aunque á veces nasal. Algo decía de su marido que había estado en Filipinas, y de una berlinita que ella tenía...

Después, acaso porque la actriz cambió de sitio, nada oyeron con claridad. Era la voz de Conchita, pero como lejana y borrosa.

—¡Vámonos!—ordenó la señora en tono resuelto.

En aquel instante estalló un aplauso. Se oyeron gritos: —¡Bien! ¡Muy bien! ¡Diana!

Y la música rompió tocando lo pedido.

—¡Ya me imagino á Concha!—murmuró Marta.—Ya me la imagino con esta ovación. Mañana temprano irá de casa en casa á contar la fiesta y á que le celebren el buen éxito.

—¡Por Dios, Marta! Ya te vas pareciendo á esa pobre Concha. Déjenmela en paz, que la infeliz, aunque ligerita de cascos, no es mala. Le ha faltado dirección...

Nuevo aplauso resonó. Las muchachas regresaron, y otra vez se pusieron á escuchar. Estaba en escena Arturo Sánchez. Recitaba versos de su lira, en obsequio de Conchita, y para ofrecerle un ramillete en nombre de un grupo de amigos y admira-

dores. El escribientillo, cuya voz era robusta y clara, recitaba con acento vibrante una composición que decía así en dos de sus estrofas:

“Livida y fresca y galana,  
Luz de sol que nace appena,  
Eres un astro en la escena,  
De la escena soberana;  
Dió a tu acento la mañana  
El dulce rumor del río  
Que bajo el árbol sombrío  
Se aduerme manso y parlero,  
Y los triños del jilguero  
En el peñascal bravío.

En tu voz, si dice amores,  
Amor placentero canta,  
Y es el verso en tu garganta  
Copioso raudal de flores;  
Si lloras... Niña: no llores,  
No llores que el alma mía  
Busca en tus ojos el día  
Para calmar sus enojos,  
Y busca en tus labios rojos  
Cariñosa melodía.”

—¡Y que siga buscando!—prorrumpió la señora, muy temerosa de que las muchachas soltaran ruidosa carcajada. ¡Vámonos! ¡Vámonos!

—Pero, mamá...—suplicó Margot.

—Pero, Lolita...—rogó Marta.

—No me place, me parece impropio,—contestó doña Dolores—escuchar así, por más que se trate de una comedia, ó de cosa parecida. ¡Vámonos!

Y fué preciso obedecer.

